

Semana Comica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NUESTROS AUTORES, POR ESCALER.



FERNANDO MANZANO

Autor del sainete *Las doce y media... y sereno*

EN AGUJAS

Quiero decir que estamos en la estación... estival, se entiende.

Máquinas y viajeros se disponen á tomar aguas— cosa muy indicada en este tiempo;— Saturno, en calidad de «Jefe de estaciones», sale al andén mirando al simbólico reloj de arena que se ostenta en la fachada, en vez de ese prosáico reloj de fuelle que, como una almeja á medio abrir, luce en las verdaderas estaciones de ferrocarriles; el tren de la humanidad, que desde la estación pasada vino pisando flores, va á emprender la marcha segando cereales con el limpia-vías.

Debo advertir que todos estos símiles ferroviarios son del mejor gusto y muy *fin de siglo* desde que la novela de moda es *La bestia humana*.

A la ligera se conoce que vamos entrando en el verano, la época más santa del año indudablemente, porque en ella raro es el que no se gana el pan con el sudor de su frente.

La columna barométrica sube, el día se hace más largo, estamos más cerca del sol que, por ser sostenido, tiene más de cuatro bemoles.

*Los pajarillos cantan,
las nubes se levantan*

y los vestidos claros, vaporosos y descotados, que empiezan á sacar las muchachas, producen tal efecto en la calurosa juventud masculina, que hay para decir del estío:

—Es-tío... carnal.

Las horchaterías y estererías; esas tiendas que hacen á pluma y á pelo, ó establecimientos *en tout cas*, aparecen llenas de mármoles y garrapiñeras, en vez de ostentar, como durante el invierno, las elevadas y ventrudas columnas de estera, que ofrecían á la vista del transeunte la perspectiva de una pagoda de cordoncillo.

Jóvenes hay que aguardan impacientes la apertura de las horchaterías para ver qué chicas nuevas hay en la del tío Fulano ó qué camareras se ha traído la señá Mengana.

—Pero, diga V.—le decían á un horchatero—¿qué muchachas más lindas pone V. aquí todos los años!

—¡Oh! Es menester cumplir con la parroquia.

—Pues al lado de ellas, yo que V. en todo pensaría menos en eso.

—¿En qué?

—En cumplir con la parroquia.

Los concurrentes toman la horchata cada cual á su modo y sabido es lo que influye la condición de la persona en el modo de beber.

Por eso Gedeón (no el popular, el bíblico) eligió sus soldados despues de mirar como bebían.

Hay sibaritas que chupan el líquido con pajas ó barquillos, para no incomodarse en bajar la cabeza ni subir el vaso.

Es el sistema que empleaba D. Quijote para beber vino.

Hay tragonos que emplean dos barquillos simultáneamente.

Mirando á uno de estos decía un pintor:

—Si estuviera aquí Alma Tadema ¡qué bonito estudio!

—¿Para qué?

—Para un flautista griego.

Los petardistas suelen pedir gaseosas detonantes ó *de tunantes*; de esas que tienen el casco verde y el corcho atado con un cordel.

Los amigos de líos y chanchullos prefieren pedir una ponchera y hacer en ella la mezcla frigorífica de limón, cerveza, gaseosa, etcétera, etcétera.

—Mira—decía uno de estos—tráete cuatro grandes de limón, catorce jarras de cerveza negra, siete sifones, veinte gaseosas de zarzaparrilla...

—Y ¿nada más?

—Sí; una ponchera ¿la habrá bastante grande?

—No señor, pero ya traeré el cuenco de la colada.

El ponche de horchatería tiene partidarios entusiastas y decididos, que miran la mezcla espumosa como si mirasen la sangre de sus venas.

Y no aludo á los que tienen sangre de horchata.

Mirando á uno de esos extasiados ante la ponchera, me puse á pensar:

—¿Quién será ese caballero? ¿Un Narciso miope ó un suicida que se propone morir ahogado como los pichones?

—¿Quiere V. tohalla?—le decían á un bebedor de ponche que llegaba á tocar con la nariz la espuma de la crveza.

—¿Como tohalla?

—¡Ah! es verdad; dispéñeme V.: creía que se estaba V. lavando en la jofaina.

En el color, forma y hechura de los trajes se advierte también el cambio de estación.

Ya ro llevan los caballeros esas solapas enormes á lo *incroyable* ó á lo marino, que tanto juego dieron la temporada anterior, sobre todo con las vistas de seda que asomaban á medias como forros vergonzantes.

Ahora la novedad consiste en la supresión de costuras, hasta el punto de que las cazadoras son de una pieza por la espalda y los pantalones no llevan más que la costura de adentro.

—Pero, hijo ¡por Dios!—le dicen á un muchacho—¿qué dalmática es esa?

—No haga V. caso; si es que ahora las prendas de vestir son todas de una pieza.

—Vamos, sí; *de una hoja*, como las barajas de Torras y Lleó.

—Eso es; las costuras ya no se llevan.

—Pues es una lástima para V.; porque yo recuerdo que siempre le han sentado á V. muy bien las costuras.

Los cuadros se han sobrepuesto á las listas.

Y en esta preponderancia de los cuadros algo han debido de influir las Exposiciones madrileñas de pinturas y los dos *Salones* de París: el de Meissonier y el de Bougerau.

Continúa disminuyendo el ala de los sombreros, hasta el punto de que dentro de poco tendremos que saludar con pinzas; y si esto sigue, ya sé qué estará de moda el año que viene.

El solideo.

Los sombreros de copa blancos, ó chisteras de primera comunión, han empezado á surgir por esas calles.

—Mira, chico ¡qué descolorida está la chistera de Pepel!

—Naturalmente: ¿no ves que ha estado todo el invierno sin que la diera el sol?

LUIS ROYO VILLANOVA

¡QUÉ INUTIL DISPENDIO!

Si en Francia hay un escritor por cada diez mil lectores, aquí hay diez mil escritores ó más por cada lector.

De lo que he podido ver, he venido á colegir que á todos gusta escribir, pero á ninguno leer.

¡Los libros! ¿A qué tirarlos si despues hay que romperlos? Si todos son á venderlos ¿quién queda para comprarlos?

Ya no hay á la agricultura quien se quiera dedicar: todos son á cultivar la bella literatura.

Todos por la poesia la aza la han abandonado... Digo, algunos no han dejado de emplearla todavía.

Pero ¡ay! que de estos poetas los libros nadie halla buenos, y eso que los hay amenos... á—menos de dos pesetas.

¿Y la prensa? Ha progresado hasta la exageración; ya no es prensa: es un ciclón que se ha desencadenado. ¡Qué de diarios visto habreis estúpidos y anodinos!

¡Hay pueblo de ocho vecinos donde se publican seis!

En todas las capitales sale á luz cada dos meses uno nuevo, de *intereses morales y materiales*.

Entre estos diarios—los más de los que existen hoy día—suele haber analogía... pero sintaxis jamás...

Ellos gozan del favor de las personas sensatas, y en ellos se ven erratas de las de marca mayor...

¿Y qué pueblo hay tan esquivo á la costumbre que impera donde no salga siquiera un periódico festivo?

¿De qué capital sabeis en la que, á más de otros varios, no haya de estos semanarios unos quince ó dieciseis?

Y yo siempre defendí, siempre y en todos los tonos, á los papeles con monos, que ven la luz por ahí.

Si se llegara á estirpar esa peste cualquier día, ¿quién demonios compraría los papeles de calcar?...

Hay órganos de partidos, de fracciones incoloras, y hay órganos de señoras, que son muy favorecidos; le tienen los prestamistas y le tienen las parteras; le tienen las cigarreras y le tienen los salmistas, y, en fin, hasta los serenos... Puede asegurarse, pues, que hoy sin órgano no se es persona ni mucho menos...

Lo que ignoro es cómo vive el periódico actualmente:

¿si hay muchos que solamente los lee quien los escribel!

Sé que á todo Dios abruma el deseo de poder en letras de n olde ver lo que brota de su pluma.

Pero... ¿á qué fin editar un diario ó una obrita cuando no se necesita nada más que un ejemplar?

¿A qué fin por cuenta propia tirarlos? ¿No es suficiente dárselos á un escribiente para que saque una copia?...

FERNANDO SEGURA.

EL CIEGO DE LA ESQUINA

Me le encontraba todos los días, inmóvil, tieso, rígido, derecho como una estatua, clavado en la esquina de aquella calle; allí se estaba las horas muertas, sin pestañear, con la mano inmutable, de *pie-dra*, extendida en demanda de una limosna y la cabeza alta y fija, con esa quietud de los ciegos, que tienden por instinto á buscar el resplandor de la luz. Parecía un relieve de la fachada; era un hombre joven aún, en la madurez de su vida, en sus arrogantes cuarenta años, enflaquecido por los padecimientos y la miseria, pero que en la anchura de sus hombros revelaba una naturaleza formidable, que se defendía tenazmente acabándose poco á poco. Su ceguera no ofrecía nada de repugnante; tenía los párpados caídos y debía vislumbrar alguna claridad leve por el empeño con que *miraba* hácia arriba. Su rostro afeitado, limpio, á pesar de hallarse privado del reflejo de las pupilas, trascendía de sí cierta sua-

vidad simpática y agradable; gustaba marcial bigote y perilla y su semblante curtido y sereno presentaba una extraña mezcla de bondad y de energía. El ciego de la esquina vestía con extremada pobreza; en lo holgado de las prendas se conocía que no habían sido cortadas para él; pero no se descubría en su ropa sin mancha, ni un roto, sino remiendos, zurcidos, composturas, cuanto denota la desgracia honrada, pudorosa, escondida que no comercia con sus harapos; todo esto le daba al pobre de la esquina un singular atractivo.

A la legua se adivinaba en aquel mendigo al soldado; delatábale su aspecto recio, la *tirantez* de su persona acostumbrada al uso del uniforme, pero á mayor abundamiento no cabía duda de su profesión, poniéndola el visto bueno una medalla de plata que gustaba sobre la solapa de la cazadora y pendiente del ojal; el pobre ciego había guerreado, había estado en campaña, se había batido; la medallita aquella colgando de su cinta atestiguaba sus servicios á la patria; quizás su ceguera, sus sufri-

UNO DE TANTOS, POR CILLA.



Es duque, marqués y conde
y en amores el muy... *taí*,
tiene una suerte *bestial*
(que es la que le corresponde...
tener.)

LOS SENTIDOS CORPORALES, POR LAGO



mientos, provenían de eso; sin saber por qué se adivinaba en el infeliz un sacrificio enorme no recompensado; una abnegación sublime ignorada, echada en el olvido, sin pagar; una deuda santa todavía en pie; una ingratitud inmensa aceptada por la víctima con la resignación de los mártires; la medalla era la de Alfonso XII, y ostentaba en su cinta multitud de pasadores, cada uno de los cuales significaba una batalla; aquel colgajo revelaba muchas cosas, toda una historia de amarguras; cuatro ó seis años de jugarse la vida, de llamar á la muerte, de no ver á los padres, de no recibir el dulce abrazo de la novia ó de la esposa, de no bañarse en las caricias de sus hijos; cuatro ó seis años de hambre, de frío, de penuria, de intemperie, de montañas, un calvario símbolo de la mayor de las virtudes: de la paciencia... ¡Pobre ciego de la esquinal!.. ¡Pobre héroe obscuro!.. ¡Que mal saldó contigo su cuenta la patria!..

Con nosotros se reunía en el café un comandante dicharachero, perdigacho, un tarambana completo, sin otro capital que unos bigotazos enormes y unas manos de seda para peinar las cartas; el tal vivía en el café, pues por no parar ni aún paraba en la casa que pagaba para dormir, pernoctando, como el decía, donde le llevaran los azares de la campaña; y por el día, de no encontrarse sentado ante su mesa en íntimas relaciones con la copita de ron, no era difícil dar con sus huesos con acercarse al cuartel; el bueno del comandante tenía, á creer á las malas lenguas, una hoja de servicios bastante puerca, y no porque fuera

cobarde—que siempre se había batido con bravura—sino por sus faltas de pundonor y delicadeza; de público se refería, y él no lo negaba, que siendo alférez desertó de banderas ante el ofrecimiento de ascenderle de un golpe á capitán, como así aconteció y él mismo comentaba el lance riéndose y asegurando que la jugadita hubiera sido volver á desertar del campo de banderas si en el ejército le hubieran dado el empleo de coronel, en vez de pegarle cuatro tiros; nada, que carecía de corazón y le faltaba ese oxígeno del alma que sana nuestros sentimientos: la dignidad. De todas suertes, todo fué cosa de paciencia; el tiempo le ayudó; la paz le cogió ya de comandante; concluida la guerra le reconocieron su categoría y cátese ya á Periquito hecho jefe.

Un día le hablamos del ciego de la esquina; le conocía; ya lo creo; como que habían servido de sargentos en el mismo regimiento; un valiente; un verdadero león; el ejército del Norte no tuvo nunca un soldado de más fibra, pero un tonto, un bobote.

—Yo le propuse que desertara conmigo; más cuenta le hubiera tenido; pero no quiso y se fastidió para siempre; hoy llevaría, como yo, las dos estrellas en la bocamanga.

Y el comandante, con un gesto de lástima, se señalaba á las insignias de la guerrera al decir esto... ¡Pobre ciego de la esquinal!... ¡Pobre valiente olvidado!... ¿De qué te había servido tu inmaculada honradez?...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

GANAS DE CONVERSACIÓN

Hay gentes que á murmurar ninguno les va á la mano y en cuanto empiezan á hablar se ponen á criticar á todo el género humano.

Al que cojen por su cuenta le cayó la lotería; á mí, vamos, me impacienta y me aturde y me revienta esa crítico-manía.

A unos les dá por decir que la virtud es un mito, porque, según su sentir, nunca ha podido existir en este mundo maldito.

Otros, con buena intención, os afirman muy formales que el hombre es sin discusión el más solemne melón de todos los animales.

Yo también tuve un amigo

el cual se llamaba Antonio, y era como estos que digo: siempre que estaba conmigo me hablaba del matrimonio.

—No es posible—me decía—

que me pesque á mí ninguna

¡El amor! ¡ecia manía!

¡fuego fátuo, flor de un día,

que nuestra vida importunal

Si ellas pretenden de mí

que me case, les diré:

«Señoras, fuera de aquí,

que yo soltero nací

y soltero moriré.

El matrimonio me asusta;

me encocora, me dá horror;

la sujeción me disgusta;

á mí lo que más me gusta

es saltar de flor en flor...»

—Pero, hombre, qué obstinación,

le decía; al escucharte

no comprende mi razón de qué nace esa aversión que tienes para casarte.

—¿No comprendes ¡desdichado!

que es muy fragil la belleza

y el día menos pensado,

aun cuando tengas cuidado,

te coronan la cabeza?

Y de nada ha de valer

al que á los celos se entrega

que vigile á su mujer;

como se quiera perder,

se la pega, se la pega...

.....

Hoy Antonio (Antonio Mena)

que ha cometido una infamia,

está ¡oh desencanto! ¡oh pena!

sufriendo en Ceuta condena

por delito de bigamia!

ABELARDO MILLOT.

LA PALMETA

I.

—¡Conchol ¡esto si que está bueno! Me van á pegar á mí con la palmeta que hizo padre en el taller... Si yo lo hubiera sabido, la hago astillas.

—¡Pues y nada más que te pegarán! ¿qué te piensas, que porque tu padre sea carpintero y haya hecho el instrumento, te va á perdonar D. Isidoro? No, hijo... Todos iguales, replicó Tomasín.

Juanucho se quedó aterrado y temblando de espanto, ¡asando y repasando los dedos por las puntas de las hojas arrugadas de un libro.

La escuela estaba tétrica; debil claridad penetraba por las altas ventanas de un lado; la atmósfera hubiera seducido deliciosamente á un ogro, de esos que en los cuentos se dice que comen muchachos, carne fresca. Bajo el doselete encarnado que había en la plataforma, había un crucifijo, con la cara angustiada, el cuerpo sangriento, la corona de espinas en la cabeza. Debajo del Cristo un retrato del rey y debajo del rey se sentaba el feroz D. Isidoro. Escala simbólica de la veneranda autoridad.

D. Isidoro era un animal alto, flaco, con hocico de zorro, nariz de loro, ojos de hiena, garras de buitre y orejas como aletas; una apariencia humana muy indecisa, conformada por miembros de especies anteriores al hombre; un tipo de transición, lleno de recuerdos morfológicos. Un híbrido muy difuso; un personaje de los ignotos tiempos fabulosos. La naturaleza le ha habia hecho á retazos.

Sólo tenía una gracia: la de ser calígrafo admirable. ¡Lo que pueden el amaestramiento y la domesticación!

Había sido soldado y llegó á cabo primero; pero al dejar el servicio se halló en una duda grande. Tres destinos se le ofrecían por delante ¿cuál seguir? Empleado de presidio, cómitre de los ó maestro de niños... ¿El caso era para pensarlo?

Elegió esto último. Los presidiarios son vengativos, los locos furiosos, los chiquillos... ¡Oh! á estos se les avasalla fácilmente.

Tal facilidad no la hallaba él en su corazón, sino en la palmeta...

¡Qué necios hemos sidol

Cierto era que de aquella caverna, llamada escuela pública, salían los chiquillos después de mayor ó menor tormento con hábitos de resignación; eran habilísimos en el disimulo, cobardes...; pero ¡qué enseñanza! Cada año daba de cosecha un escribiente de pura y divina caligrafía.

Reinaba aquella tarde un profundo silencio en la sala; unos cuantos chicuelos con el cuerpo retorcido y el torax fijo apretadamente sobre las mesas, escribían con ímprobo trabajo... con ese trabajo que llevan los escrúpulos del miedo al látigo. El resto de los escolares se hallaba de pié á uno y otro lado de la mesa, en la plataforma, tiesos, inmóviles, sin pestañear, sin respirar siquiera, diríamos. Tenían los libros en las manos; parecían santitos... pero de estuco. ¡Oh, maravillosa enseñanza! ¡Gran conquista! ¡supresión autocrática de la sonrisa! Admirable plantel de legos, de reclutas ó de lacayos... ¡futuros súbditos de un estado meticuloso y rígido!

D. Isidoro tenía una cabeza larga, estrecho frontal, rugoso como el de los monos, digamos sabios por respeto á la vieja pedagogía; sus ojos, como los del gato, acechaban mirando allá al fondo de la sala, hacia uno de los rincones, á l'omasiñ y Juanillo, que hablaban con el mayor sigilo, poniendo los catecismos, libros pequeñitos, delante de las bocas... Pero á pesar de que la doctrina cristiana les sirviese de antifaz, como á muchos hipócritas, D. Isidoro vió moverse aquellos labios pequeñuelos.

¡Cataplum!... Golpe recio; palmetazo sobre el pupitre... Bien sabían los niños que Dios tiene el trueno, el rey el cañón... y el maestro la palmeta... y que esta es la armonía de todo el orden de lo creado.

—¡A ver!... exclamó en voz de mando D. Isidoro; que vengan aquí aquellos dos señores...

Los dos «señores»—¡pobres monigotes!—se levantaron como por resorte movidos. Uno de los dos señores llevaba un poco descorrida la abertura posterior de sus calzones por la espalda... y mostraba el faldoncillo de la camisa; el otro señor enseñaba unos deditos curiosos asomando por los boquetes grandes de sus zapatos...

—Señor Juanucho; ya dije á V. que tenía que darle hoy mismo algo que se había V. ganado, por haber llegado tarde á la escuela...

El maestro, dejando el tono duro y bronco, tomó un tonillo burlón é irónico...

¡Humorismo! ¡puro humorismo!

Y exclamó:—Y á mí me gusta pagar las deudas. Esto. Y ahora con ganancia...

Los chicuelos de la sección que se hallaban en la plataforma rieron la gracia. Se criaban para cortesanos.

Nerón debió de oír risas así, que brotaban de ánimos llenos de miedo.

—Que no vaya yo á por ustedes, ¡y pronto aquí arriba! graznó el pedagogo. Juanucho y Tomasín subieron.

—¡Qué era ello? ¿de qué hablabais, tortolitos míos?

Carcajada general... ¡Oh, arpias rivales de las gracias, cuán grande adoración os tributaron los cobardes!

—Contestad. Tú... dijo á Tomasín.

—Yo no hablaba... yo no decía... él me dijo...

—Engañoso... tú me digiste...

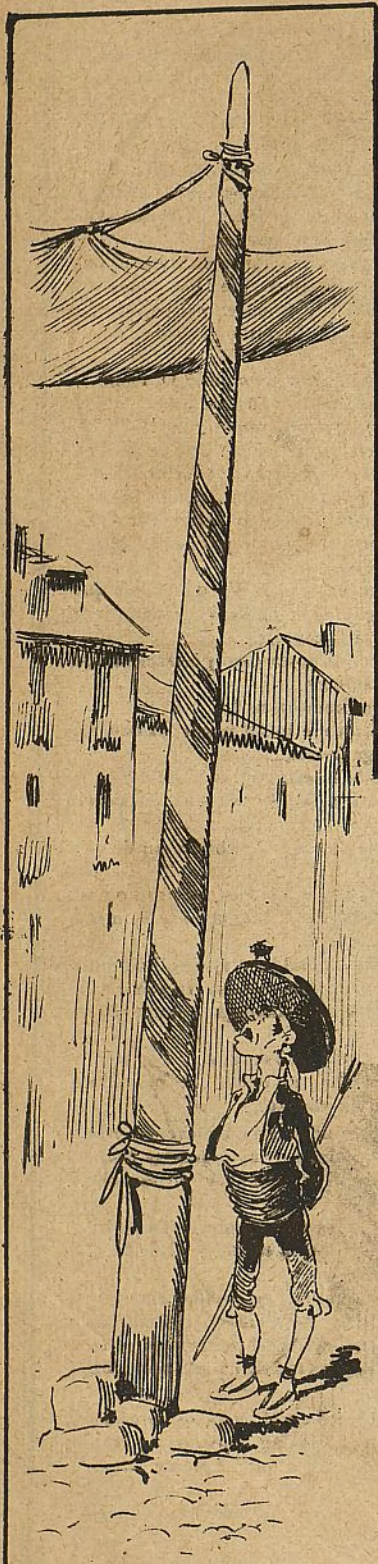
Ved que temprana y admirable educación: un caireo que revelará seguramente las pasmosas cualidades de los niños para el espionaje y el escuche... ¡Fulleros polizontes!

—Mira ¡la ves?... es tu hermana... Tu padre la hizo... pon la mano, pon la mano... decía D. Isidoro latiendo de ira...

Juanucho sacó su manita extendida; encogía tímidamente el brazo á cada amago del maestro y por fin ¡zás, zás! ¡zás, zás! la horrible palmeta cayó sobre la delicada palma de aquella manita inocente...

El niño puso el grito en el cielo, se retorció de dolor, mostró en sus ojos un encono espantoso; echó espuma por la boca, rompió á llorar...

—¡Me caso con!... ¡Ay! dijo; y luego agitado por los dolores y por la sed de venganza, corrió á ocultar su vergüenza.



—¿Y icen que estos son espárragos?
¡Pus me río yo de los de Aranjuez!

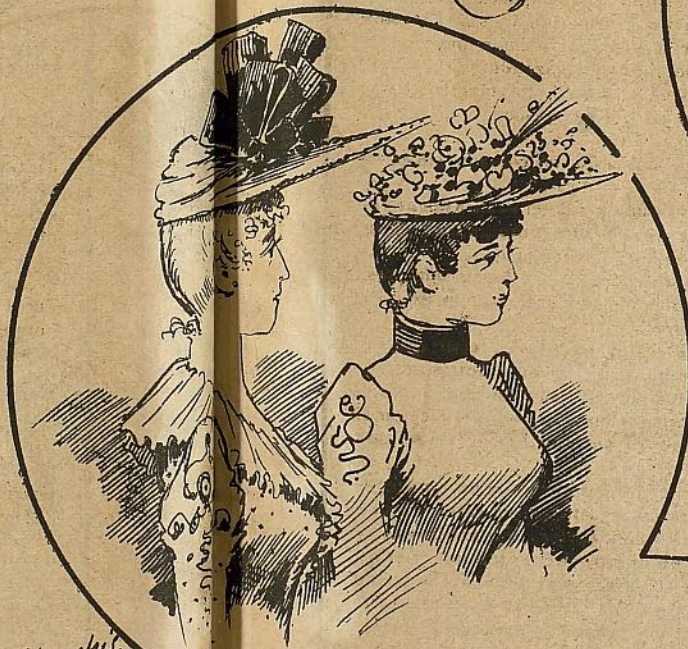


Fuegos artificiales.



Exposición (1) canina.

(1) de hambre.



Exposición de pinturas



Cuadros disolventes



La procesión (2)



Baile de blanco y negro.

(2) Como anda por dentro, no se vé

Tras de Juanucho fué Tomásín atormentado con igual rigor.

Y aquello ocurría diariamente. Dios les libras á los pequeñuelos del menor tropiezo al declinar ó al hacer alguna operación aritmética. La palmeta estaba siempre en alto.

Días hermosos convidaban por la primavera á correr los campos, por el otoño á acudir á la vendimia; en días bien crueles de hielos y de frios, el hogar seducía con su abrigo confortable á pasar algunas horas ante el fuego... Los pequeñuelos, en los buenos como en los malos días, tenían que encerrarse en la fría y oscura escuela, gimiendo y llorando bajo el poder del tirano, del furibundo D. Isidoro.

III.

—Juan, voy á darte una gran noticia, exclamó Angelita.

Juanucho, que había heredado el banco y el taller de su padre y se hallaba trabajando cuando entró su mujer, suspendió la faena y miró á la joven.

Esta, con voz alegre, dijo á su marido que ella había ganado las oposiciones y que los jueces la habían dado ya una escuela.

Y todo esto lo oyó Juan volviendo al trabajo. Se deslizaba sibilante el cepillo sobre una tabla de pino y por la boca la herramienta arrojaba rizos amarillos, tirabuzones de virutas que caían al suelo en un gran montón.

—¿A que no sabes qué escuela me han dado?

—No sé...

—La del distrito. Hoy he tomado posesión; quería darte esta sorpresa.

Paró de trabajar Juanucho, y se frotó las manos de contento... ¡Pero cómo! ¿no era de niños aquella escuela?

Así era; mas el gobierno había dispuesto que todas las escuelas de párvulos, y aun aquellas á las cuales asistiesen niños menores de diez años, estuviesen dirigidas por profesoras phœbelianas.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

—Ahora bien, Juan: ¿yeme, añadió Angelita. El Ayuntamiento pide modelos para el material nuevo de las escuelas... justo es que, ya que el marido de la maestra es carpintero... este haga los modelos.

JOSÉ ZAHONERO.

LA PLANTA TIGRE

(Conclusión.)

VI.

En medio de una sala completamente tapizada de plantas de fantásticas formas, se erguía un ser, una pesadilla, una cosa: hidra, pulpo, fiera... ¿quién hubiera dicho su nombre? Estaba odiosamente acurrucado por el suelo, en un enorme vaso lleno de musgo esponjoso y glutinante... Aquello tenía la forma de un odre colosal, de cuyos bordes salían innumerables brazos largos, al extremo de los cuales había bolas en forma de ojos... El odre era verde, los brazos tenían reflejos purpúreos, y á medida que iban adelgazándose para terminar en aquellos ojos atroces, mezclábase el rojo sanguinolento con ese verdor especial de los cadáveres putrefactos.

Cerré los ojos, sintiendo mi corazón siniestramente oprimido...

Únicamente continué oyendo el deslizamiento de que he hablado, y adiviné que procedía de los brazos cuando se extendían ó replegaban...

Sin embargo, sorprendido de no haber sido presa de aquel algo tan horrible y potente, hice un esfuerzo sobrehumano y miré.

Federico, lívido, había sacado del cesto que llevaba, unos trozos de carne, y con infinitas precauciones—como si temiera que su mano fuese tocada por aquellos tentáculos horribles—los colocó en el extremo de algunos de aquellos brazos que se movían.

Y súbitamente, como por efecto de un resorte, se replegaron los brazos, arrastrando la carne y repartiéndola entre otros más cortos, que entonces ví y que partían de un nuevo círculo interior, y estos, asiendo á su vez la presa, trasmitíanla (no puedo emplear otra expresión) á otros brazos, y así hasta el centro. Y al mismo tiempo, todos aquellos brazos replegados sobre el centro aprisionaron su pedazo de carne que ya no volví á ver.

Temblando y anudada la garganta, fijé mi vista en Federico.

Su frente chorreaba sudor, sus dientes rechinaban. La endemoniada bestia estaba ahora inmóvil, encarnizada en su monstruosa deglución...

—¡Es que come! ¡come!—exclamó.—¡Titania se harta!

—¡Titania...!—exclamé yo mirándole con estupeor.

—¡Ah! ¡Tú no sabes nada! ¡Nada comprendes! ¿No la reconoces? Mírala, mírala. En este momento está domada...

Y, en un destello súbito de mi comprensión, ví lo que era aquel extraño conjunto de planta y de bestia.

VII.

Era un *Drosera* gigantesco, la planta carnívora llevada á un desarrollo increíble, coloso vegetal, creación nunca vista.

—Por espacio de una hora permanecerá así,—me dijo Federico.—¡Ya, ya sé por qué has venido! ¡Me creen loco! ¡No, no es cierto...! ¡Loco yo, yo que

por un milagro de perseverancia, por una obra maestra de selección, he agrandado el Drosera hasta esa talla formidable... Ya ves al monstruo... Dentro de un momento dirigirá hacia mí sus ávidos tentáculos... Y es preciso que yo le alimente... Es preciso que le sacie... Si no...

Y miró á su alrededor con espanto,

—¿Y sino qué?—pregunté.

—Escucha,—me dijo.—Vas á conocer mi secreto. Tú sabes con qué ardor he estudiado los descubrimientos de Nitschke, de Waoming, de Darwin, acerca de esas extrañas plantas, seres intermedios entre el animal y el vegetal, que se apoderan de los insectos, los ahogan, y lentamente se alimentan con ellos. ¡Oh! He comprendido bien las consecuencias de estos raros estudios... No he dudado un solo instante... y me he dicho que la Drosera, la Dionea y el Drosophylum son, óyeme bien, degeneraciones de animales monstruosos, cuyas terribles formas han quedado en la memoria de los pueblos primitivos... Hidras, quimeras, dragones... todo eso ha existido; la imaginación humana no ha creado nada... Pero por adaptaciones climáticas, en razón de los trastornos geológicos, esos seres de abominables formas, privados del alimento que les era necesario, han retrocedido por atavismo regresivo á la forma vegetal... Inmovilizados, atados al suelo por medio de raíces, obligados á buscar otra vez sus alimentos en la tierra, han vuelto á ser plantas, conservando solamente su aptitud suprema, único vestigio de su pasada vida: la nutrición animal.

Pues bien: yo he querido reconstituir el sér atrofiado... he querido que la planta volviese á ser animal... ¡Oh, cuántas tentativas inútiles! Al fin, la casualidad,—porque nuestra ciencia no es más que eso,—me proporcionó un Drosera de talla excepcional... y lo he alimentado é impregnado de jugos animales... Poco á poco se ha desarrollado... ¡Triunfo de la deducción...! La hidra, el dragón ha revivido.

¡Admira á mi Titania, enorme y sublime!... Contéplala, feroz en su hambre que no puedo saciar...

Y en aquel momento, sobre dos tentáculos que se ergían, echó un nuevo trozo de carne.

—Pero no lo sabes todo,—me dijo en voz baja.—Si Titania tuviera hambre—lo he adivinado—en ese periodo de fuerza, de crecimiento á que ha llegado, rompería el lazo que la retiene aún en el suelo, allí en el fondo de los musgos. Y entonces, como fiera execrable y vencedora, se escaparía de aquí... iría á través de los campos arrastrando su enormidad viscosa... y lo que es hoy mi obra maestra, llegaría á ser un crimen... ¡Y yo sería maldito!

No quiero que se escape... quiero que permanezca prisionera... Por eso cuido de que no tenga hambre, por eso velo... Algunos minutos de retraso darían ocasión á que se lanzara á través del mundo... amenazando á la mujer, al niño... ¡á mi hijo...!

¡Que coma; es preciso que coma, para que no quiera evadirse!

Y le vi una vez más lanzar trozos de carne. Y

por las fibras de la planta atroz pasaban las purpurinas oleadas de la sangre extraída...

VIII.

En aquel momento, y mientras yo permanecía mudo, sin poder articular un sonido, aplastado bajo la intensidad de mi repulsión, la puerta del invernadero, que yo no había cerrado bien, se abrió bruscamente.

¡Y apareció Paula!

Su valor había superado al miedo. Ahora que sabía que yo estaba allí, había tenido la audacia de violar el secreto del invernadero...

—¡Federico!—exclamó ella.

Pero á ese llamamiento respondió un grito terrible.

En un brusco movimiento de retroceso, Federico había colocado una mano sobre los tentáculos de Titania.

Y, con admirable rapidez, todas las horribles trompas se habían lanzado sobre aquella mano, atrayendo el puño... el antebrazo...

¡Horror! ¡Lo veía aiquilarse por aquella irresistible succión...! Agarré con mis brazos el cuerpo de Federico, esforzándome por librarlo del espantoso abrazo de Titania... pero la bestia era más fuerte que yo.

Entonces mis ojos se fijaron en una hacha que yacía por tierra.

—¡Al pié, al pié!—le grité á Paula.—¡Corte Vd! ¡Destrócela!

¡Lo comprendió? No lo sé. Pero ella obedeció. A pesar de su debilidad, manejó nerviosamente la acerada herramienta, é hirió... Pudo, por fin, cortar á través de los musgos la raíz de la planta. Esta pareció hacer un esfuerzo para levantarse, para lanzarse quizás... y sintiéndose impotente se abatió con un ruido semejante al de la ropa mojada, á tiempo que yo arrancaba al desgraciado de entre los distendidos tentáculos...

Y ví... ¡cosa horrible!—que su mano y su puño no eran ya más que una masa informe y sangrienta.

Paula lo había cogido en sus brazos.

El abrió los ojos y, en un postrer espasmo, fijándolos en mí, sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Asesino! ¡Has matado á Titania!

¡Y cayó muerto!

Hoy soy el hermano de Paula, y he adoptado á su hijo.

JULIO LERMINA.

CHIRIGOTAS.

Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.



ALEGORIA, POR ESCALER

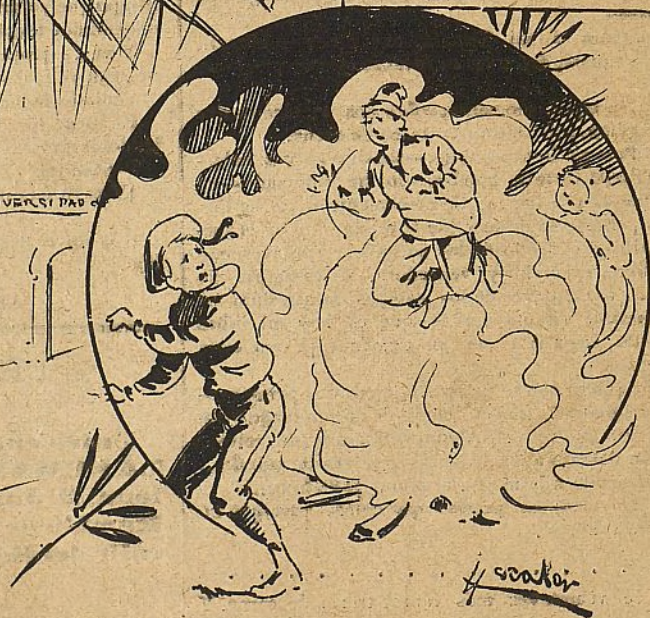
JUNIO



¡Oh, mes de los cantares, la enramada
 y de la noche de S. Juan luciente!
 Romper huevos, tomar la sanjuanada
 y quedarse la gente
 sin huevos ya para una temporada.

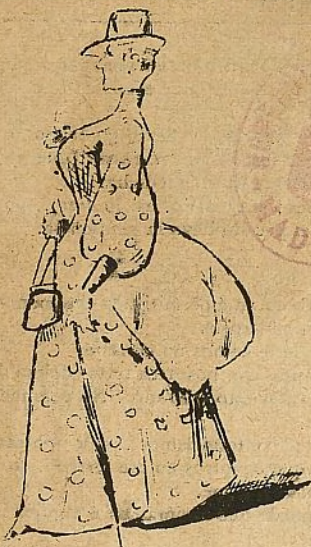


UNIVERSIDAD

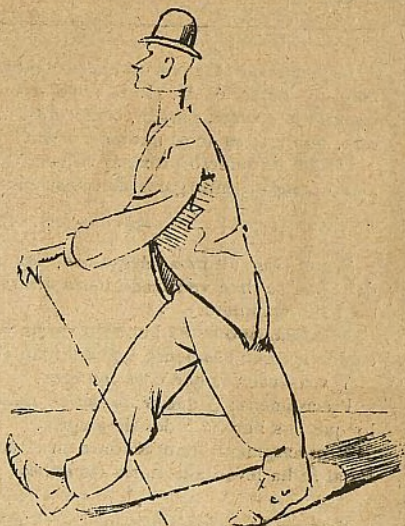


Escaler

EL TIRO POR LA CULATA, POR LAGO.



¡Qué elegante iba miss Fanny



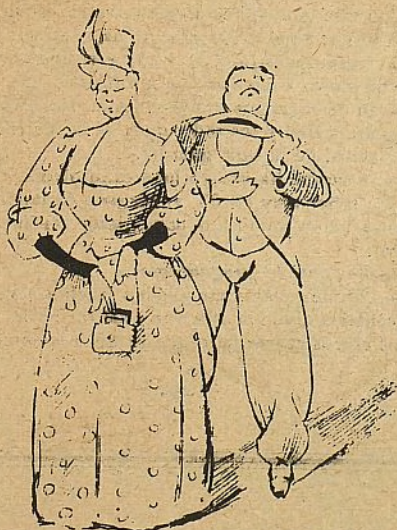
y qué decidido iba tras ella el fogoso y enamorado Arturo!



-Señorita: desde que la vi á Vd., mi vida no es vida. (Nada).



-Tenga Vd. compasión, señorita, de un misero que la adora (Y... nada.)



-¡Oh! no se marche Vd, no me abandone sin darme siquiera una esperanza,



Y miss Fanny, que no entiende el español, se compadece del misero Arturo... y deposita en su mano una moneda, que á él le hace el efecto de un trabucazo.

1890.

La temporal ausencia de nuestro querido compañero de redacción D. Luis Royo y Villanova nos impidió la semana pasada, como nos ha impedido ésta, publicar su acostumbrada *Crónica* semanal.

Desde el número próximo volverá nuestro estimado amigo á encargarse de esa su sección.



Segun los últimos telegramas, las pruebas que del *Peral* se han verificado hasta ahora, han tenido éxito completo.

El submarino se ha hundido varias veces obedeciendo maravillosamente á la voluntad del inventor.

Y vean ustedes qué cosa tan rara.

Precisamente el que *se hunda* el nuevo barco es lo que nos llena á todos de alegría.

Y precisamente hundiéndose en el mar, es como *Peral* se ha levantado hasta las nubes.



Pero no hay goce sin pena.

Y la pena á que ahora va á verse condenado el ilustre marino es la de *pupularidad temporal explosiva*.

¡Horror! ¡Va á verse convertido en *Nuestro grabado!* ¡Van á dispararle odas, sonetos y demás *desahogos* poéticos! ¡Caerá sobre él un ciclón de quintillas alevosas y de acrósticos fulminantes!

Y no lo digo á humo de pajas: yo ya he recibido cuatro *Odas á Peral*, capaces, cada una de por sí, de echar á pique media docena de submarinos.

Glorifiquemos, pues, el invento... y compadezcamos al inventor.



De todos modos, lo indudable, lo cierto por ahora, es que *Peral* ha triunfado en toda la línea.

—Si, señor; pero bien caro ha comprado su triunfo.

—¿Por qué?

—Porque *Peral*, como todos los grandes inventores, ha tenido que llevar su cruz...

—Bien; pues sobre esa *cruz*, podrá de hoy más lucir otra que le llenará de noble orgullo.

—¿Cuál?

—Hombre: ¡la del Mérito Naval, que le concedió por telégrafo la Reina Regente!



Y á propósito de la concesión de esta gran cruz. Creo —y perdóneme el fiscal lo irreverente de esta apreciación— que *Peral* está hoy á la altura de los reyes de España.

¡Cómo que podría llamarse su hermano!

¡No son los reyes de España *los hijos de San Fernando!*

Pues á *Peral* la villa de San Fernando le nombró no há mucho su hijo adoptivo.

Y los hijos de un mismo padre ¿qué son sinó hermanos?



Post-data de una carta que hemos visto:

«Dispensa que no te mande las seis pesetas en sellos que me pides, porque no me he acordado hasta que ésta estaba ya en el correo. Luyo afmo. etc.»



Hay en Barcelona un semanario que, por meterse en todo, se mete muy á menudo en camisa de once varas.

Y el jueves se descolgó diciendo que la frase «llevar á uno *delante el juez*» (que yo critiqué en otro colega) está bien dicha.

Bueno; pues si Vd. así lo cree... peor para Vd.

En el pecado lleva la penitencia.



Y ahora va á permitirnos el semanario citado que seamos generosos

Y que le demos un consejo.

Quando con nosotros trate, déjese de si *lo senyor Reguera* es esto ó lo otro. No personalice las cuestiones.

No le contestaríamos... por nobleza.

Porque nosotros en ese terreno, en el personal, estamos en firme.

Y puede que hiciéramos á alguien bajar la cabeza.



Supongo á Vds. enterados de que ya hemos vuelto á entrar en danza.

Es decir, que volvemos otra vez á las dichas huelguetas.

Y no nosotros, los que tenemos que vivir de la pluma; que todavía no estamos lo suficientemente holgados, para declararnos en huelga ni siquiera un día, so pena de no tropezar en un mes con los garbanzos del cocido, sino ellos, los empleados de omnibus y tranvías, que esta vez han sido los primeros en llegar al desacuerdo.

¡Y luego nos quejamos de que los tranvías van despacio!

Ya, ya.

Si así fuera ¿cómo es que sus empleados han llegado antes que todos los demás á la huelga?

Ya voy viendo que por mucho
que digan las malas lenguas
de los tranvías y Riperts...
aqui el que no corre vuela.



Con este motivo hemos vuelto ya al estado normal (porque aunque parezca broma, el estado normal para nosotros es ya el de sitio) y el lunes empezaron de nuevo á circular con profusión, en cuanto dejaron de rodar los tranvías, las airosas parejas de la guardia civil y los individuos de la incivil.

¡Vamos! de la otra guardia.

—¡A mi me ha venido bien esto! decía el otro día un señor muy gordo y cargado de familia, que apenas había salido á la calle desde las huelgas de Mayo.

—¿Por qué le preguntamos.

—Porque todavía me quedan muchos víveres almacenados desde la otra vez y así les haría tragar á los chicos el pan duro que ya no lo quieren!



¡El diablo son los periódicos!

Gracias á ellos, y á la actividad de los correspondientes telegráficos, podemos adquirir cada día nuevas noticias y más interesantes detalles respecto á la salud de Eyraud y á sus interioridades y exterioridades.

Las noticias de los últimos telegramas son interesantísimas.

Ya sabemos que el asesino de Gouffé viste *un traje compuesto de pantalón, camisa y sombrero, al estilo del país*, (¡qué país más raro! ¡dejar los hombres pantalón y camisa!) y que está triste.

¡Eso además!

¡Vamos! ¡Mire V. que estar triste un hombre que sabe que le van á cortar enseguida la cabeza!



Entretanto que ese pobre está triste, como si á la gente le importara algo que lo ahorquen, y que los zaragozanos solicitan el indulto de la pobrecita Higinia, alegando que, aunque manchó su corazón con el crimen, *estaba hecho para la ternura*, y otra porción de cosas, en París intentan suicidarse no sé cuantas veces seguidas unos recién casados (¡fíese V. de la luna de miel!) y en Madrid intentan suicidarse tambien otros recién casados... el año 30.

Este doble suicidio de dos cónyuges sexagenarios me parece más raro todavía que el de los jóvenes de París

Siquiera estos han remediado el mal á tiempo; pero los otros... los otros...

Aguantan años y más años de matrimonio... y se suicidan cuando ya no debían tener motivo para ello.

Es decir ¡cuando ya debían empezar á acostumbrarse!



Noticias que uno se cansa ya de leer en la prensa.

«A los infelices maestros de la provincia... (cualquiera) se les deb: en tantos años tantos miles de pesetas.

¡Se mueren de hambre!... ¡es inícuo!..

¡Oh! ¡Cómo están las carreras!»

«Las carreras de caballos prometen estar muy buenas. Veán Vds. los premios, para que así se convengan. Carrera tal. Un objeto de arte. Regalo de... etcétera.

Carrera cual. Otro objeto.

Carrera de resistencia:

Premio tal: veinte mil reales.

Idem idem: otro —Sexta.

Premio... El ministro del ramo:

¡Ahí van cinco mil pesetas!»

¡Por qué no dejan que corran los maestros y maestras?



¡Saben Vds. á quién ha procesado estos días el juez de Gijón?

Pues á San Pedro.

Si, señor; á San Pedro, hermano del diputado conservador Sr. San Pedro.

Con este motivo, y cuando ha llegado la noticia á la corte celestial, creo que ha habido una de miedo y de temblores que hasta el perro de S. Roque ha pasado un mal rato y por poco más si suelta el bollo.

¡Caracoles con el juez!

Si desde Gijón el hombre

ha procesado á S. Pedro,

¡ni Cristo va á estar seguro

como ese ese juez vaya al cielo!



Según se nos ha dicho, el *Centre Catalá* piensa efectuar el viernes una solemnidad literaria destinada á festejar á Apeles Mestres.

Es este, no solo un artista meritísimo, sino un poeta de cuerpo entero, honra de la literatura catalana.

Es, pues, inútil decir que LA SEMANA CÓMICA se asociará con toda su alma á cuanto tienda á honrarle y á enaltecerle.

Que todo será poco.

CORRESPONDENCIA.

M. S.—Madrid.—Otros he visto de Vd. que me han gustado muchísimo más.

Justo Cabal.—¿Molestarme Vd? Bien sabe Dios que no. De lo de hoy no aprovecha nada; pero si Vd. mandara lo que anuncia y á nosotros nos gustase... ¿por qué no habíamos de entendernos?

J. de L.—¡Anda, anda! ¡Pues no tiene años el cuentecito ese! D. P.—Madrid.—Los mismos, sobre poco más ó menos, que la historietta de Vd., que es contemporánea de Matusalén.

M. T.—Toledo.—Vaya Vd. contando: Cilla, *Mecachis*, Pons, Escaler, Lago, Pahissa... ¿Cómo quiere Vd. que admitamos dibujos?

Cereza.—¿Qué publique Charadas?

Señor *Cereza*:

¡quítese usted esas cosas de la cabeza!

D. de A.—Barcelona.—¡Qué versos más instructivos! Por que yo sabía que *Barcelona* era puerto de mar, y una ciudad de Europa, y capital de Cataluña y todo, todo, menos consonante de *asoma*. ¡Y ahora ya sé que lo es, según Vd!

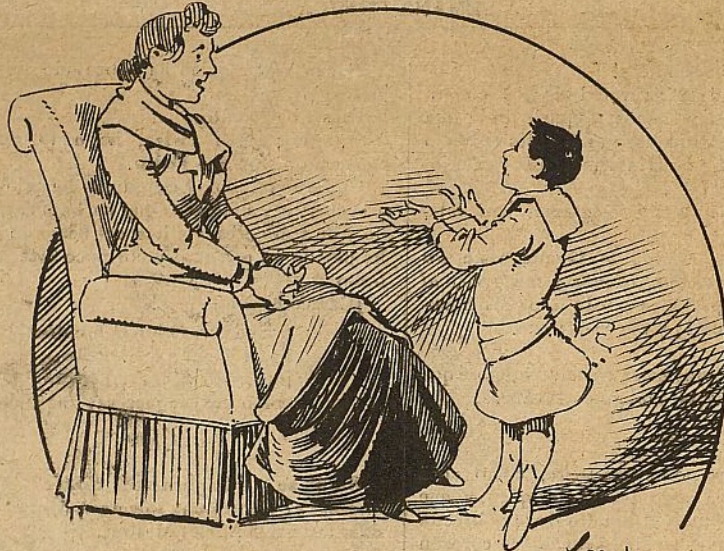
El de la Adarga.—Gracia. Lo corto ó largo no importa, caballero de la Adarga: cuando es mala siempre es larga; cuando es buena, siempre es corta; lo cual quiere decir que la de Vd. resulta larguísima...

Nones.—Pues... nones

Sres A. S. C., *Pintamonas*, D. C. P., *El tío Conejo*, *Zacarias Palapostiu*, y A. H. Z. (Barcelona)—*Pura Manteca de Góvdero* (Portugalete).—*Marcos de Obregón.*—*Si tosets, tomeis.*—K. K. *Tua.*—*Aicelu.*—*Femenil.*—*Terencio.*—*Uno de tantos.*—*Los tres amigos.*—*Poco vale.*—*Pitules* (Zaragoza)—*Pitili Jerez.*—*Ana Tollo* y T. F. C. Vigo.—P. B Santander.—P. P. T. Bilbao.—A. M., *Princesa del Congo*, A. V., *Puca de Algodón* y A. C. H. Madrid—No podemos publicarlas. Y... lo de siempre: dispensen Vds. que no les diga por qué.

Imp. Militar, Arco del Teatro 9 (pasaje)

INOCENCIA, POR ESCALER.



—Es que cuando tu naciste, tu papá no estaba en casa.

—Dí, mamá; y tú ¿estabas?

ANUNCIOS

ALBERTO DUFRESNE

CIRUJANO-DENTISTA

4, RAMBLA DE CANALETAS, 4

595, TELEFONO, 595

CÁMARAS FOTográfICAS y placas preparadas de todas marcas

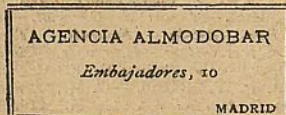
Unico depositario en España de las tan celebradas Lumière. Hay, además, Monckhoven, Beernaert, Derwent y otras. Calibres, cubetas, objetivos, obturadores, papeles nitrados, Mañón, Alpha, Morgán, Hutinet.

Almacén de drogas de Antonio Busquets y Duran

S. Pablo, 19 y 21.—Barcelona

RECOMENDAMOS

A NUESTROS LECTORES LA ACREDITADA Y FORMAL



que se ocupa en la gestión de todos los asuntos jurídicos, administrativos y comerciales que se le encarguen.

EL CID

GRAN SASTRERIA

ECONOMIA, BUEN CORTE. NOVEDAD EN LAS TELAS.

AVIÑO, 7

BARCELONA

LA COMPAÑIA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

MEDALLA DE ORO, por sus chocolates

MEDALLA DE ORO, por sus cafés.

MEDALLA DE ORO, por sus Tapioca.

Depósito general: Mayor, 18 y 20

Sucursal: Montera, 8.—Madrid

TORRE EIFFEL

42, CARMEN, 42 (ESQUINA A LA DE DOU)

Gran Exposición

Cortes de lana novedad,	desde 7	pesetas.
Cortes de raso algodón,	desde 6	»
Cortes de tela Vichy,	desde 6	»
Cortes de percal,	desde 3 1/2	»
Radsimir y paño de Lyon,	desde 4 1/2	»

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los mas celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.	"	2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES

DE 2 A 4 TARDE